

## **Dos ensayos de Santayana**

Manuel Garrido

En alguna ocasión comentó Ramón Sénder que “siendo Santayana un escritor español que no asistió a tertulias, no imitó a los extranjeros, no tuvo cargos públicos y, además, escribió en inglés, es más que natural que sea ignorado por los españoles.” A que no lo fuera tanto debieron contribuir como rara excepción los dos ensayos de Santayana que reproduce el presente Boletín. Nuestros compatriotas de la Segunda República tuvieron ocasión de leerlos ya a principios de los años treinta, viviendo aún su autor, en pulcra traducción ofrecida por dos revistas españolas de gran prestigio intelectual.

El primero de estos dos ensayos, “Largo rodeo hacia el Nirvana”, fue originalmente publicado por Santayana en 1923 y se lo inspiró la lectura del por entonces recién salido librito de Freud *Más allá del principio del placer*. Es bien sabido que en este controvertido libro, el más filosófico de cuantos escribió y el que menos aceptación hubo de encontrar entre sus numerosos seguidores, Freud propuso su teoría dualista del antagonismo entre el instinto de vida y el instinto de muerte. Él pensaba —aun reconociendo moverse en el terreno de la “pura especulación” y tal vez subjetivamente motivado por los horrores de la primera guerra mundial— que ese dualismo explica mejor la dinámica de nuestros impulsos que la apelación a uno solo de ellos, como sucede, por ejemplo, con el monismo energético de Jung. También es comúnmente sabido que desde Boltzmann solemos concebir a los procesos vitales combinando la teoría de la selección natural con la termodinámica; a la luz de tal combinación esos procesos se nos aparecen como islotes de orden y complejidad que se resisten desesperadamente al cumplimiento de su destino, que no es otro que la fatal desintegración en el inmenso piélago de desorden que es la ausencia de calor o nada térmica. Con análoga perspectiva propuso Freud la idea, en *Más allá del principio del placer*, de concebir la existencia del organismo vivo pluricelular y su combate con la desintegración como un “rodeo hacia la muerte”. El ensayo de Santayana, de muy fácil lectura, es una meditación filosófica sobre esa idea, y su rumbo viene ya anunciado desde el título, donde la metáfora de Freud es parafraseada cambiando en ella la palabra “muerte” por la de “Nirvana”.

El segundo de los textos aquí recogidos, “Religión última”, corresponde a un estadio más tardío en la carrera literaria de su autor y es también más

ambicioso. En el año 1932 Santayana, ya definitivamente retirado en Roma y a punto de cumplir los setenta, fue invitado por la fundación *Domus spinozana* a dar una conferencia en la casa donde vivió y murió Spinoza en La Haya para conmemorar el tercer centenario del nacimiento del solitario hebreo. Esta conferencia representa el último encuentro espiritual de Santayana con el que fuera, juntamente con Lucrecio y Schopenhauer, uno de sus filósofos preferidos, a los que en tiempos de estudiante solía llevar en el bolsillo.

Imaginando que éste podía ser su canto de cisne (pues ignoraba que aún le aguardasen dos décadas más de fecunda producción), el septuagenario pensador preparó su tema con todo cuidado. Muchos años antes, en 1910, Santayana había escrito una Introducción a la *Ética* de Spinoza en la que subrayaba el carácter meramente incidental que éste concede al drama humano en el paisaje cósmico. Pero el tema de meditación por él elegido ahora para hablar en tan augusta casa —que pocos años antes, sin embargo, por singular ironía del destino subsistía convertida en burdel— fue el concepto spinoziano de “amor intelectual de Dios” (*amor Dei intellectualis*).

Este enigmático concepto es tratado por Spinoza en la quinta y última parte de su *Ética*. Remontarse a él en el tiempo de una conferencia, sin concederle previamente al pensador judío los supuestos de su dogmática racionalista y poniendo desde el principio sobre la mesa el personal escepticismo del conferenciante, fue parte del reto que éste quiso afrontar.

Desde la intemperie de su incredulidad el escéptico, si es moderado, puede llegar, según Santayana, a comulgar más o menos con la tesis naturalista de que el mundo, la Naturaleza, es la poderosa contrapartida de nuestra radical impotencia, de que el hombre depende del cosmos y no al revés. Puede incluso sentirse tentado a pensar con el naturalista que la verdad es ante todo la verdad del universo. Mas eso, recuerda Santayana, no solventa el problema moral.

Si el bien es ante todo relativo a la vida, tiene cuando menos fundamento biológico. Pero el programa de Spinoza implica además su asimilación a la verdad. En el citado libro quinto de la *Ética* se nos notifica lacónicamente que el amor a Dios es la alegría y el contento que nos proporciona el conocimiento adecuado de Dios o la Naturaleza y de las cosas y que ése es el bien supremo que podemos apetecer. La propuesta fundamental de Santayana se orienta a maximizar el contenido de este amor apelando a la condición de “realidad virtual” que caracteriza a la esfera de las esencias.

Obviamente, el amor a toda criatura debe incluir a las perfectas y a las imperfectas. Pero ¿por qué no imaginar y amar también a éstas en su posible perfección total, haciendo caso omiso de las brutales mutilaciones de que hayan sido víctimas en el mundo de la realidad fáctica?

Al proponer este *desideratum* suyo del amor divino, que tiñe de idealismo platónico y de ensueño cristiano el severo trasfondo pagano del pen-

samiento de Spinoza, Santayana empuja a este pensamiento, como en otro sentido hizo también Einstein, hacia una suerte de religión virtual que él bautiza llamándola “última”: “en el examen de conciencia que he hecho ante ustedes esta noche”, leemos al término de su conferencia, “no se invoca a la fe; y por lo tanto, eso a que llego no es en rigor religión”. Pero a continuación seguimos leyendo que en ese examen “hay una clase de filosofía secreta o privada” virtualmente conectable con la religión:

en tanto que yo no forje dioses (como el *Deus sive Natura* de Spinoza) me limito a considerar qué temas, y con qué fines, podemos consultar a esos dioses, dado que los creamos existentes; y, a buen seguro, que esa misma aspiración que nos impulsaría, en tal caso, a adorar a los dioses, habría de ser nuestra más auténtica y cordial unión y nuestra religión última.

La presente versión española de “Largo rodeo hacia el Nirvana” vio la luz el 15 de julio de 1933 en la revista *Cruz y raya* (vol. I, núm. 4, pp. 67-81). La de “Religión última” apareció en diciembre del mismo año, precedida del extracto de una carta del autor, en la *Revista de Occidente* (vol. 11, núm. 126, pp. 273-292). La excelente traducción fue obra en ambos casos del ensayista logroñés Antonio Marichalar, orteguiano admirador de Santayana.